

Defensa de la lectura literal. Sobre la interpretación de la textualidad¹

*Pedro Agudelo Rendón*²

Universidad de Antioquia

Resumen

El texto discute una conceptualización sobre la lectura textual al tiempo que presenta una reflexión acerca de una lectura literal de algunos slogans de la Universidad de Antioquia y sus implicaciones imaginarias analizadas desde una perspectiva hermenéutica y semiótica. Estas implicaciones consisten en el compromiso asumido por el lector y la forma como él lee, y comprende una actitud textual e ideológica.

Palabras claves: codificación textual, explicación y comprensión, interpretación hermenéutica, lectura literal, Universidad de Antioquia.

In advocacy of literal reading. On the interpretation of textuality

Abstract

This article discusses one conceptualization on textual reading and at the same time presents a reflection on the literal reading of some slogans of Universidad de Antioquia and their imaginary

1 Este texto está vinculado con el proyecto de investigación (finalizado): "Lector víctima de textos. Lectura literaria y ficción", adscrito a la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín. El artículo recibió el apoyo de la estrategia de sostenibilidad 2014-2015 del Grupo de Estudios Literarios (GEL) de la Facultad de Comunicaciones, y del Comité de Competencia Lectora de la Universidad de Antioquia.

2 Artista, Licenciado en Literatura y Magister en Historia del arte. Miembro del Grupo de Estudios Literarios GEL en la línea Arte y Literatura, Departamento de Lingüística y Literatura, Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia UDEA, Calle 70 No. 52-21, Medellín, Colombia. Correo: pagudel3@gmail.com

implications analyzed from a hermeneutical and semiotic perspective. These implications consist on the readers' commitment and on the way they read and comprehend a textual and ideological attitude.

Key words: text encoding, explanation and understanding, hermeneutic interpretation, literal reading, Universidad de Antioquia.

Si la universidad es un espacio para la libertad, tal como pretendía el mensaje puesto hace no poco menos de doce años en una enorme valla cerca de la cancha de fútbol de la Universidad de Antioquia (“La Universidad, un espacio para la libertad”), entonces esto podría significar que:

- a. En la Universidad (con mayúscula porque es un indicativo de la Universidad de Antioquia) todo se vale.
- b. En la Universidad cada uno puede hacer lo que le venga en gana.
- c. En la Universidad (de Antioquia) no hay normas, pues cada uno se da las suyas según su imperativo ético.
- d. En la Universidad se imparte un conocimiento pero cada uno va construyendo su propio camino intelectual.
- e. En la Universidad cada uno puede expresarse libremente, sin temor a la represión, pues aquí es posible un diálogo razonado.

Estas son algunas de las posibles interpretaciones de este mensaje y, sin embargo, alguien puede señalar, todavía, que en estas posibilidades no está lo que él o ella habrían considerado fuera el sentido de aquel distante y nostálgico mensaje. Pero con todo, y a pesar de la nostalgia que le pueda producir a algunos, este mensaje significa lo que significa, significó lo que significó en su momento y significará lo que significará según las letras y los sentidos de las palabras que lo conforman. Esto no implica que el sentido sea algo estático y estable, pues nada más inestable que el sentido de las palabras en tiempos de amor o guerra; implica, más bien, y tal como dice Umberto Eco (1992), que cualquier inferencia interpretativa que se haga de un texto está basada en el reconocimiento del primer nivel de significado, del mensaje literal.

Si la Universidad es un ‘universo’, tal como pretendía otro mensaje visible en todos los lugares propa-

gandísticos de la ciudad universitaria, entonces, este mensaje:

- a. No solo está dirigido a una comunidad que, por metonimia, es universitaria.
- b. Señala que la Universidad pretende abrirse a un espacio dominado por la ciencia y la tecnología.
- c. Indica que la Universidad tiene la intención de abrirse a un diálogo más amplio y extendido (o ‘global’, si hacemos uso del término que supone en principio la integración económica de diferentes países y que se extiende hoy al uso cotidiano de distintas prácticas sociales, tecnológicas y culturales reunidas por intenciones comunes).

Pero además de estas opciones interpretativas, el mensaje también implicaría que la Universidad en sí misma constituye un universo (de ciencia, tecnología, conocimiento, personas...), y que este universo solo es parte de otro todavía más grande. Aquí, *universo*, por supuesto, no se refiere a lo que estudia el astrofísico, pero literalmente sí significa “conjunto de todas las cosas” existentes en este espacio universitario, pues hay un juego de palabras (aliteración) que pone en relación analógica *la Universidad* con *el Universo*.

Si pensamos, por otro lado, que el mensaje “La Universidad, un Universo” –tanto como el que se observa a la fecha (2015) en la portería de Barranquilla: “Universidad, mi universo”– tiene por sustrato el mensaje “La Universidad, un espacio para la libertad”, estamos diciendo, además, que este segundo enunciado se llenó de otros tantos sentidos gracias al paso de los años, a los desarrollos de la ciencia y la tecnología, de la enseñanza y del cambio de la concepción misma de universidad, hasta mudarse en una idea que busca un mayor grado de aceptabilidad y que implica una reducción de la ambigüedad, con lo que se repele, también, la apertura de una pala-

bra que resulta del todo peligrosa para todo gobierno o institución, aunque esta sea una universidad en la que se promulga la libertad de pensamiento y expresión y se trabaja por la conquista permanente de una reflexión y pensamiento autónomos. De hecho, hay aquí un desplazamiento semántico-pragmático del concepto mismo de universidad que se empieza a definir en el *Plan de desarrollo 2006-2016. Una universidad investigadora, humanista y al servicio de las regiones y del país*, y que está mayormente permeado por lo que se denomina capitalismo cognitivo³. Por otro lado, el mayor grado de aceptabilidad del ‘nuevo’ slogan está signado, precisamente, por la reducción de la ambigüedad contextual (la ofrecida por las complejas situaciones sociales y políticas que atraviesa la universidad pública). De igual manera, es válido afirmar que el mayor grado de aceptación se garantiza a través de estrategias de legitimación como la autorrepresentación positiva⁴ enmarcada en una idea de globalidad y multiplicidad.

Sea como sea, cada uno de estos mensajes, con los casi siete años que los separan, significan lo que significan e implican lo que determinan sus palabras, la intención comunicativa y el momento y contexto en el que aparece. Aquí surge, por supuesto, una pregunta ¿y el lector? El lector hace parte de este proceso comunicativo, en esta medida es parte del contexto del mensaje, pero esto no lo autoriza a interpretar lo que quiera interpretar, sino a comprender lo que el texto permita explicar.

Lo dicho hasta aquí autoriza a decir algo sobre la lectura y algo sobre la universidad. Sobre la lectura se puede señalar que un texto:

- a. Dice lo que dice (mensaje literal).
- b. Puede decir algo más (mensaje inferencial), y aunque aquí hay una mayor “libertad” del lector, esto no lo autoriza para que sus inferencias sean arbitrarias.

- c. Dice más de lo que dice (mensaje metatextual o analógico), pues despierta en el lector otras posibilidades de comprensión de la realidad, hace posible el establecimiento de relaciones y el vínculo de unos pensamientos con otros.
- d. Está inscrito en un contexto y, por tanto, obedece a prácticas sociales, culturales, ideológicas, entre otras, y en esta medida se lo puede entender, más allá de su dimensión gramatical, como un discurso. Este, como indica, Van Dijk (2007: 21), “es una unidad observacional, es decir, la unidad que interpretamos al ver o escuchar una emisión”.

Sobre la universidad, por su parte, se puede decir que, en efecto, es un universo en el que prima la libertad de pensamiento y expresión, pero esta libertad se conquista día a día viajando en los hombros de los gigantes –leyendo–, no porque deba estar de acuerdo con todo lo que dicen los autores, sino porque para discutir con ellos primero debo escucharlos⁵. Se trata, en última instancia, de una apuesta interpretativa en la que puedo ser el lector ingenuo (semántico según Eco) o el lector crítico (modelo crítico según el mismo Eco):

La interpretación semántica o semiótica es el resultado del proceso por el cual el destinatario, ante la manifestación lineal del texto, la llena de significado. La interpretación crítica o semiótica es, en cambio, aquella por la que se intenta explicar por qué razones estructurales el texto puede producir esas (u otras, alternativas) interpretativas semánticas (Eco, 1992: 36)

Esta distinción permite comprender por qué ante el mismo mensaje (publicitario, por ejemplo), alguien se rinde ante su intención (lector ingenuo al que las palabras solo le dicen lo que le dicen), y otro en cambio descubre los mecanismos de su produc-

3 Es decir, bajo lo que Acosta y Carreño (2013) denominan el segundo modo de producción de conocimiento, caracterizado por el contexto de aplicación, ya que tiene la intención de ser útil para alguien.

4 Al respecto puede verse el texto de Chilton y Schäffner (2005) sobre política y discurso.

5 Se pueden señalar aquí otros aspectos, además del referido a la lectura. Por ejemplo, lo que estos enunciados ‘publicitarios’ dicen a nivel político e ideológico. Cada slogan presenta posturas pragmáticas que atienden, mal que bien, a los intereses y aspiraciones de una colectividad, en un contexto determinado: la universidad pública, caracterizada por conflictos que van más allá de las ambiciones académicas e investigativas. De esta manera, se puede afirmar que el paso de un slogan a otro (y en consecuencia, de un enunciado a otro) implica que las distintas formas de discurso involucradas en ellas han sido testigos de las variaciones sociales de la universidad, de los actores que concurren en ella, y de los cambios que a nivel político e ideológico determinan el devenir del *Alma máter*.

ción intencional⁶. Pero ingenuo también es quien quiere ver malas intenciones en todo, o aquel otro que en todo ve metáforas. Un lector crítico (pues al fin y al cabo no se puede pensar ningún nivel de lectura sin los otros⁷) es quien lee la literalidad, conjetura e infiere interpretativamente y asume una actitud crítica ante el texto. Un lector crítico está atento a los indicios, como enseñó Barthes (2001), pero también está dispuesto a asumir distancia del texto. Pero ¿cómo superar lo que un texto dice? o ¿cómo, por lo menos, tomar distancia de lo que dice el texto si no lo he interiorizado a través de una profunda lectura? La universidad, como registra literalmente el diccionario, es una institución de enseñanza donde se hacen los estudios mayores de ciencias y letras, y con autoridad para la colocación de grados en las respectivas facultades. Esto supone que al ingresar a la universidad, quien ingresa se “somete” a lo que esta le exija y demande mientras se encuentre en ella. Estar en y ser parte de la universidad implica, entre otras cosas, leer, es decir, comprender el sentido (antes que los sentidos posibles) de una representación gráfica o textual.

Existe, sin embargo, una definición muy despreciada por algunos teóricos según la cual leer es decodificar, esto es, descifrar un código. Desde el punto de vista semiótico leer es, y en esto seguimos a Jurado (2004: 23), “comprender e interpretar enunciados, sean estos lingüísticos o de cualquier otra forma de expresión”. En tanto los enunciados son representaciones de sentido, lo que se hace al leerlos es identificar las unidades que lo componen y que hacen posible la significación. De este modo, un texto no es más que la representación de sentido según la relación existente entre las unidades –palabras–, según las oposiciones que se generan. Si un texto significa por lo que significan sus unidades y por la relación que se establece entre ellas, entonces lo que hace el lector es identificar la gramática que determina dichos valores. De este modo leer es decodificar; en otras palabras, es una ac-

ción intelectual por medio de la cual el lector-destinatario identifica los valores de unas unidades que configuran códigos según unas reglas de funcionamiento.

Otro significado que da el diccionario de universidad es el de conjunto de personas que conforman una institución, y esto, para lo que aquí estamos discutiendo, puede significar que lo que sabemos, lo sabemos entre todos, pues la universidad es un universo responsable de buena parte del desarrollo intelectual de una sociedad. De acuerdo con esto un lector que hace parte de esta comunidad tendrá que aprender a identificar signos, comprender lo que significan esos signos, la relación que tienen con otros y las reglas que los rigen. Aquí, todavía, estamos en la lectura literal. Así, leer bien en la universidad no es leer de cualquier manera; leer bien en la universidad es, más bien, leer según ciertas reglas, según cierto código académico. Por eso una defensa de una tesis no es tanto la defensa de lo que yo opino de lo que otros han dicho, sino la defensa de una buena lectura de lo que otros han escrito a propósito de un asunto en el que estoy interesado.

De la misma manera podríamos decir que un estudiante de literatura que viene a la universidad no viene a leer poemas como se los lee en el festival, sino a leer poesía como se la lee en la academia, y esta lectura implica un mayor esfuerzo y muchas renunciaciones. Esto, en todo caso, no es matar el placer estético, sino robustecerlo con la comprensión lingüística y hermenéutica. Gozar un texto es también leerlo bien.

El sentido literal de la literalidad

Universidad viene del latín *universitas*, *-ātis*, que hace referencia a *todo*, *entero*, *universal*, *uno*. De modo que universidad alude a comunidad⁸ o colectivo dedicado a la enseñanza. Universidad, como espacio dedicado a la enseñanza, implica también espacio dedicado al aprendizaje, al descubrimiento, a la construcción de conocimiento. Y para conocer, eso lo

6 Se trata, aquí, de distinguir entre el lector que va más allá de lo que muestra la letra (lectura literal), lo que se infiere de ella (lectura inferencial) o de la relación entre distintas realidades textuales (lectura crítica); pero también se trata de la distinción de diferentes tipos de lectores, de la actitud asumida cuando se lee o de las competencias propias que permiten interpretar el sentido profundo o pasar desapercibido frente a las múltiples significaciones que ofrece un texto. Véase, al respecto *Lector víctima de textos. Lectura literaria y ficción* (Agudelo, 2012).

7 Y si se lo hace sólo es en un sentido didáctico o ¿cómo leer bien la literalidad si se es en sumo ingenuo, si no se tiene una actitud crítica? ¿Cómo, por otro lado, asumir una actitud crítica si no se sigue al pie de la letra lo que la letra dice? Este, creemos, es el problema de cierta pedagogía que defiende a capa y espada la libre interpretación, arbitrariedad intelectual que redundante en una actitud irrespetuosa de la autoridad del tejido textual, interpretación abierta a toda mal-comprensión del texto.

8 En un sentido decir comunidad universitaria es redundar, aunque se quiera significar que universidad es una comunidad de universitarios, ya que universitario significa “parte de la universidad”, esto es, “parte de la comunidad”.

saben los consagrados académicos como Umberto Eco, es necesario dedicar largos años a comprender lo que otros han dicho, lo que otros han escrito, en una suerte de *investigare*, un ir tras la huella, un seguir las letras de los otros aunque después se llegue a la conclusión que el escribiente está equivocado y se lo refute escribiendo un nuevo texto. Pero aunque tome distancia de él, es necesario seguir viajando en sus hombros.

A la universidad se viene también a escribir de otra manera. Para hacerlo, por supuesto, es menester ser todavía más literal, es decir, amar las palabras, redondear las ideas, pulir las oraciones que escribo, buscar la palabra perfecta. Lectura y escritura en la universidad, podríamos decir siguiendo la analogía saussureana, son dos caras de la misma moneda: leo para escribir, escribo para leer; solo quien ha leído bien afronta la escritura con el rigor exigido por la academia, solo se lee bien —diría Estanislao Zuleta— cuando se escribe. Pero, ¿Qué es lectura literal?

Lectura literal significa lectura al pie de la letra. Pero una lectura literal al pie de la letra resulta, en muchos casos, a no dudar, una mala lectura. Este es el caso de quienes hacen usos del texto antes que interpretación de él. Así, por ejemplo, si lo que pretendo es leer un texto de Margarite Yourcarnar para sacar inferencias acerca de su vida privada, estoy llevando a cabo un uso del texto. Por el contrario, si lo que hago es un análisis soportado en el texto, independiente de la vida de la autora empírica, estoy en la interpretación. Y puedo, como dice el mismo Eco, hacer interpretación y usos del texto, pero el problema radica en qué tipos de usos llevo a cabo. Ahora bien, puedo hacer una buena interpretación para hacer un uso del texto, pero en todo caso el uso está autorizado por la lectura realizada. Un lector puede demostrar que un texto es una metáfora, y en este sentido dice más de lo que dice; o que no solo dice lo que dice sino que esto es pretexto para señalar algo más. Esta postura se puede defender porque, al fin y al cabo, como señala Ricoeur, un texto siempre habla sobre algo, siempre se refiere a algo, es a propósito de algo: un texto habla del mundo. Por ejemplo, un lector puede defender la hipótesis según la cual el libro *El Quijote de la Mancha* no solo es la historia de un hombre que después de leer muchos libros de caballería enloquece y decide armarse caballero en un tiempo en el que esto no tiene lugar, y él, en su empeño y en compañía de un amigo sale a tener aventuras por el mundo hasta que, un día, cobrando nuevamente su juicio, muere en tanto

su amigo ya se ha convencido de todas las historias que aquél le contaba; sino que además es la historia de todo ser humano que decide enfrentarse a la vida y vivir plenamente teniendo aventuras quijotescas. Otro lector, por el contrario, podría decir que el libro, más bien, es una metáfora de la amistad, pues en la vida tenemos amigos que, como el Quijote, nos transportan a la aventura y otros que, como Sancho, nos llaman al juicio. Podríamos decir, en fin, que el libro habla a propósito de la vida, y en este caso una y otra interpretación son correctas, pues un texto dice más de lo que dice después —o al tiempo— de decir lo que dice.

Lo literal no excluye lo figurado, pero esto ‘figurado’ es también una contrucción del contexto del texto (el texto en relación con los aspectos de su configuración) y del co-texto (el contexto de los propios enunciados, contruidos en el texto mismo). Esto es lo que permite inferir, en una interpretación extendida (semántica y crítica a la vez) que en un texto literario Macondo no solo sea un espacio ‘físico’ ficcionado, ubicado seguramente en América, sino un espacio ‘no físico’ ubicado en cualquier lugar del mundo donde el alacrán de la soledad no le pica el corazón solo a Úrsula. Esta interpretación la permite el texto porque él orienta su propia línea de sentido, aunque otros sentidos les sean agregados, como es el caso en el cual se privilegia lo que una comunidad determinada hace con un texto, como ocurre con el Marqués de Sade.

De acuerdo con lo anterior, leer es comprender el sentido del texto, pero también entenderlo de un determinado modo, por lo que podemos hablar de lecturas originales, malas lecturas y lecturas que siguen al pie de la letra lo que el texto dice. Un calambur, por ejemplo, requiere más que una lectura literal. Este juego de palabra exige una lectura rápida y aguda de un sentido vedado por la forma en que se agrupan las sílabas. Es conocido por todos el que se atribuye a Quevedo, quien llamó ‘coja’ a la reina Isabel de Borbón. El poeta, tras hacer una apuesta con sus amigos que consistía en el pago de una cena, compró dos ramos de flores (claveles blancos y rosas rojas), se presentó ante la reina, y con un gesto de cortesía y reverencia le extendió los brazos ofreciéndole los ramos de flores, a continuación de lo cual recitó los versos, con los que le ganó la apuesta a sus amigos: “Entre el clavel blanco y la rosa roja, su majestad escoja”.

Leer bien, pues, es *interpretar*, pero interpretar no es leer al pie de la letra, no es explicar palabra a palabra lo que significa cada unidad del texto, no solo

es buscar el sentido último del co-texto, ni usar las herramientas de la lingüística para definir la manera en que opera; interpretar no es plantear una reflexión filosófica o hermenéutica del texto para demostrar metáforas, para indicar que es importante reconocer la vida del autor como destinatario, no es comprender en el sentido lato de la palabra. *Interpretar* es, más bien, *explicar* y *comprender*, dos caras de la misma moneda, y esa moneda es la *interpretación hermenéutica*.

Una interpretación hermenéuticamente literal

Hasta aquí hemos indicado, entre otras cosas, que un enunciado puede postular distintas interpretaciones y que no todas ellas son válidas. Hemos señalado además que la inmersión a la vida académica en la universidad implica una constante práctica lectora y escritural, lo que, a su vez, conduce a asumir una actitud crítica frente al texto, pero esta actitud implica el reconocimiento del propio código que configura el tejido textual, es decir, leer críticamente es leer el sentido del texto y este empieza por la comprensión del nivel literal. En otras palabras, no se puede leer críticamente si no se comprende literalmente. De ahí, también, que una interpretación hermenéutica no es una comprensión subjetiva de mi mundo en el texto, aunque desde el punto de vista hermenéutico el modo de ser nuestro es el comprender. Comprender hermenéuticamente es ser capaz de explicar el comprender y de comprender el explicar.

Aquí, sin embargo, es necesario revisar qué es hermenéutica o, por lo menos, a qué se refiere, ya que para muchos esta palabra suena a psicología, a *hermesis*, a *aesthesis*, a Hermes, a traducción, a interpretación. Para otros, con ínfulas de peritos en el asunto, significa la capacidad de decir cualquier cosa de cualquier otra, especialmente un texto. Interpretar hermenéuticamente para estos últimos, entonces, resultaría algo subjetivo en tanto es el lector el que se la juega con el texto, y en este sentido toda interpretación vale. Afortunadamente (aunque no valga de mucho en ciertos casos), algunos de estos ‘intérpretes’ recurren a un autor que, bien leído, los desmiente. Recordemos que Ricoeur antes de plantear (o mejor, para plantearlo) el texto como modelo de la experiencia humana, recoge la concepción de interpretación como objeto de la hermenéutica, haciendo notar que interpretar no es más que la función del explicar y el comprender al tiempo, en vista de que no puedo explicar sin comprender ni puedo comprender si explicar.

Si me piden que explique algo que sé, lo explico, precisamente, porque al saberlo lo comprendo; ahora, si el docente en el aula le pregunta al estudiante “¿comprendiste el texto?”, ante la respuesta afirmativa de este último, él tendrá el derecho de pedirle al estudiante que le diga qué dice, que se lo explique. Si fuera el caso que el estudiante no acierta en la explicación, entonces el docente tendrá una respuesta factual: no lo comprendió. Algo similar ocurre en la vida diaria cuando, ante un conflicto personal, el que menos lo entiende es el que lo padece. En el mundo de la ficción es lo que le ocurre a Alicia cuando está en el bosque: no puede verlo porque está dentro de él.

Si consideramos, entonces, que el objeto de la hermeneutica es el interpretar (hermenéutica viene del griego *ερμηνευτική τέχνη*, que significa arte de explicar, traducir, interpretar), y la interpretación no es más que la función explicativa de la comprensión, o la función comprensiva de la explicación, resulta una pregunta: ¿qué fundamenta a qué?

Ricoeur, que sabe ir en los hombros de los gigantes, recurre a dos de ellos: la tradición lingüística y la tradición hermenéutica. La pregunta que se hace es ¿qué es lo que puede fundamentar el dualismo epistemológico entre la explicación y la comprensión? (Ricoeur, 2006: 149). De la lingüística y la semiología tomará las herramientas que, desde Saussure, construyen estas disciplinas; de la hermenéutica y la filosofía tomará la concepción misma de comprensión, y de este modo hará posible el encuentro de dos campos disímiles en sus procederes. En resumen, lo que hace el hermeneuta es analizar la antinomia explicar-comprender en la teoría del texto, la teoría de la acción y la teoría de la historia para demostrar que no se sostiene. La conclusión es insoslayable: la antinomia entre el explicar y el comprender es insostenible hoy después de la lingüística, de ahí que el surgimiento de esta última obligue a un replanteamiento de la pregunta frente al texto: ¿qué es un texto?

Aunque la respuesta de Ricoeur no sea la más original sí podemos señalar que su pregunta lo es, pues se trata de las condiciones en que hoy, después de los increíbles resultados a que dio lugar el famoso *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (1987), es posible la pregunta por el texto. A esto podemos agregar una infinita lista de reflexiones que pueden partir desde los primeros estudios de lo que van Dijk (2007) denominó ciencia del texto hasta el más actual Análisis Crítico del Discurso, pasando por

la semiótica del texto y la estética de la recepción. El texto para el pensador francés:

es un discurso fijado por la escritura. Lo que fija la escritura es, pues, un discurso que se habría podido decir, es cierto, pero que precisamente se escribe porque no se lo dice. La fijación por la escritura se produce en el lugar mismo del habla, es decir, en el lugar donde el habla habría podido aparecer (Ricoeur, 2006: 128).

En efecto, un texto es algo que no pudiéndose decir, se escribe; es, también, aquello sobre lo que puedo volver, lo que hace válido y vigente el principio de la reiteración.

Responder a la pregunta de qué es un texto permite afinar una nueva posición del problema de la oposición entre explicar y comprender, una posición menos antinómica y más fecunda. La conclusión es irrevocable:

no hay dos métodos, el explicativo y el comprensivo. Estrictamente hablando, solo la explicación es algo metodológico. La comprensión es más bien el momento no metodológico que, en las ciencias de la interpretación, se combina con el momento metodológico de la explicación. En este momento precede, acompaña, clausura y, así, *envuelve* a la explicación. A su vez la explicación *desarrolla* analíticamente la comprensión (Ricoeur, 2006: 167).

Ricoeur articula la tradición: lo que es un texto para el fenomenólogo, lo que es para el semiólogo, lo que es para el lingüista. Y esto lo lleva a concluir, además, que el texto se modifica en el tiempo, que la lectura es la realización del discurso y que, por tanto, la lectura produce el texto, que es realización del lenguaje. No está diciendo que veo en el texto lo que quiero ver cuando lo leo, sino que un texto es un código abierto a la interpretación y esta solo es posible cuando se produce el acto de lectura; ni está señalando que un texto deje de sig-

nificar lo que significó en el pasado, sino que *además* significa otra cosa gracias a la distancia que tenemos de él, pues la distancia produce el texto.

De acuerdo con lo anterior, un mensaje como “La Universidad, un espacio para la libertad”, significa lo que significa literalmente, contextualmente e históricamente. Y significa históricamente porque tiene sentidos políticos e ideológico-académicos fuertes, lo que hace que este, como todo acto de habla, sea un acontecimiento, tenga implicaciones, haga cosas. Y tanto las hace que unos decidieron quitarlo, mientras otros reclaman su sentido y su vigencia⁹. Histórica, académica, política e ideológicamente el mensaje arrastra otro mensaje: su mensaje connotativo que, según Barthes (1986), es histórico y al serlo está lleno de tiempo, lleno de esquirlas políticas, lleno de símbolos y pensamiento.

De hecho, podría decirse que el slogan es, en última instancia, un discurso simbólico, toda vez que articula sus elementos a la interpretación y al pensamiento, como dice Prada (2000:16), potenciando con ello el discurso cotidiano. En el discurso simbólico convergen la institución, sus imaginarios y sus prácticas; y la institución, como se sabe, es una creación histórico-social (y en consecuencia anónima¹⁰) que sobrepasa cualquier producción subjetiva o individual; de manera que el slogan legitima una postura institucional con la atribución simbólica que le otorgan los sujetos y el contexto (social, histórico y político) en el que se encuentra ‘ubicada’, y tiene una injerencia directa sobre los modos de percibir, pensar y actuar de los receptores y de los sujetos activos de la comunidad. Por eso, la institución no es producto de un grupo de individuos designables, sino de un “poder instituyente”, el cual no es explicitable. Se conocen de él sus efectos y sus atributos, pero no su rostro. Esto es suficiente, sin embargo, para cumplir su dominación sobre la representación imaginaria, es decir, para instaurar un poder que adquiere cuerpo en las palabras

9 El sustrato es vigente no solo en comunicados rectorales sino también en el imaginario colectivo y en comunicaciones relacionadas con la universidad, como la publicada por la *World Organization of Students* (WOS) en marzo de 2011: “Universidad de Antioquia: un espacio para la libertad”. En uno u otro caso el discurso que enmarca el slogan se vincula con otros discursos para generar una expectativa en los receptores y en la constitución de valores ideológicos y políticos, pues “la cultura se halla constituida por una red vital de discursos que ‘discurren’ en una dinámica vital, en la cual un discurso constituye y distingue –casi siempre con claridad para la competencia del que integra esta dinámica social– en relación a otros discursos” (Prada, 2000: 16).

10 Incluso en un enunciado como “Sé plural como el universo” opera este carácter institucional, ya que aunque se reconoce a Pessoa como el autor individual de este aforismo, la institucionalidad lo legitima, es decir, lo traslada del espacio literario al contexto ideológico, por cuanto lo aleja del mundo poético para acercarlo a un ambiente reglamentado conforme a las leyes y la justicia (la institución universitaria). Lo plural en Pessoa no tiene que ver solo con la capacidad para decidir y con el sentido democrático que implica la colectividad, como se lo entiende en la universidad, sino con la multiplicidad en el sentido humano y poético, sus heterónimos y sus distintas visiones poéticas de la realidad.

y en la ideología que subyace en sus sentidos: “para que una sociedad conserve su equilibrio se precisa una legitimación del orden social ante la conciencia de los individuos, puesto que sin ella se diluiría la propia constitución de lo social” (Carretero, 2003: 93). Así, desde el punto de vista político e ideológico, el slogan cumple una función legitimadora, toda vez que buscan interiorizar, sin cuestionamientos (desde una legitimidad), “una determinada representación de la realidad que lo fija a su ubicación social”.

La universidad no solo es una institución de enseñanza donde se hacen los estudios mayores de ciencias y letras, y con autoridad para la colocación de grados en las respectivas facultades, como indica el diccionario. La universidad es, ante todo, el espacio donde se piensa, y se piensa porque se lee críticamente, y se lee críticamente para pensar mejor. Pensar siempre es un problema, sobre todo con uno mismo, pero en muchos sistemas es un problema sobre todo con el otro, pues no solo se piensa para pensar, se piensa para ser libre, y por eso, quizá, sea mejor una universidad plural (un universo) que una universidad en la que, predominando la pluralidad, se pueda ser libre. No hay que olvidar, por otro lado, que la universidad también es una institución, lo dice el diccionario.

A modo de cierre

Interpretar viene del latín *interpretari*, que significa explicar o declarar el sentido de algo. Está compuesto por el prefijo *inter* (entre) y el radical *pret-* (conocimiento). De ahí que una condición básica de la interpretación es ser fiel de alguna manera al contenido original del objeto interpretado. Ricoeur, como hemos indicado, pretende darle un mayor grado de objetividad a una pregunta que está inscrita en las ciencias humanas, pero que por ello no exime al analista para justificar sus argumentos de manera precisa. Teniendo en cuenta lo precedente, leer en la universidad implica leer bien, leer bien implica escribir, escribir implica re-leer.

Mi conclusión será doble. Desde el punto de vista de la lectura literal, leer implica asumir una actitud crítica, reconocer los códigos del texto, comprender su co-texto, leer el texto y sus palabras y no solo las palabras. Desde el punto de vista de la lectura crítica, leer es comprender en el tiempo, asumir que un texto es un tejido de signos denotados, connotados, re-escritos, reinscritos: la distancia produce el texto, y así lo comprendemos para comprendernos en el tiempo, pues el comprender es el modo de ser nuestro.

La lectura literal reclama una vuelta al proyecto estructuralista; la lectura crítica vira su mirada hacia el problema de la comprensión. En ambas la interpretación es un producto de un esfuerzo con el texto; para ambas el autor ha muerto. Lo que tengo es el texto, y en el acontecimiento de la lectura el texto existe y es doble la acción que acometo con él: 1) cuando trato de comprenderlo me veo en la obligación de explicarlo (reivindicación de la estructura, del código, del sistema literal que lo teje); 2) cuando pretendo explicarlo, lo comprendo (estatuto de lo que el texto dice en el tiempo más allá de su literalidad). La explicación es el aspecto metodológico de la interpretación, la comprensión su polo no metodológico.

Por tanto, “La Universidad, un Universo”, si tiene por sustrato el mensaje “La Universidad, un espacio para la libertad”. Para comprender esto es necesario que lo que anuncia el segundo mensaje se cumpla, y que la universidad, en efecto, sea un espacio para la libertad de pensar; pero para que el pensar sea un pensar libre, es necesario ir tras la huella de la letra (literal viene de *litteralis*), es decir, explicar/comprender lo interpretado conforme a la letra que lo constituye. Esto no significa que me quede en la letra, pues libertad es una palabra que significa, también, ir más allá, respetando siempre el límite de la interpretación, pues “un espacio para la libertad” supone además que respeto la voz del otro, y ese otro —el texto— estará mudo hasta que yo lo haga hablar.

Referencias bibliográficas

ACOSTA, W. y CARREÑO, C. (2013), “Modo 3 de producción de conocimiento: implicaciones para la universidad de hoy”. *Revista universidad de la Salle*, 34 (60), pp. 67-87.

AGUDELO, P. (2010). “Discurso, discurre, discurremos. Algunas ideas sobre el discurso desde la hermenéutica ricoeuriana”. *Lectiva*, 19, pp. 129-138.

AGUDELO, P. (2012). *Lector víctima de textos. Lectura literaria y ficción*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.

BARTHES, R. y otros (2001). *Análisis estructural del relato*, 5 ed. México: Ediciones Coyoacán.

BARTHES, R. (1986). *Lo obvio y lo obtuso: imágenes, gestos, voces*. Barcelona: Paidós.

CARRETERO, E. (2003). "Postmodernidad e imaginario. Una aproximación teórica". *Foro Interno*, 3, pp. 87-101.

CHILTON, P. y SCHÄFFNER, C. (2005). "Discurso y política". En VAN DIJK, T. (comp.), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una interacción multidisciplinaria*, pp. 297-329. Barcelona: Gedisa.

DE SAUSSURE, F. (1987). *Curso de lingüística general*. Madrid: Alianza.

ECO, U. (1987). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.

ECO, U. (1992). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen.

JURADO, F. (2004). "El dominio de los códigos de las ciencias y las matemáticas es el dominio de su lectura". *Revista magisterio*, 7, pp. 23-25.

PRADA, R. (2000). "Hermeneútica y semántica". *Arqueología filosófica*, 14 (1), pp. 3-27.

RICOEUR, P. (1976). *Teoría de la interpretación: discurso y excedente de sentido*, 6ª ed. México: Siglo XXI.

RICOEUR, P. (2006). *Del texto a la acción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

VAN DIJK, T. (2007). *Estructuras y funciones del discurso. Una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso*, 15ª ed. México: Siglo XXI.

Imágenes



Cara y sello I / Pedro Agudelo / Fotografía / 50 x 60 cm / 2015



Cara y sello II / Pedro Agudelo / Fotografía / 60 x 50 cm / 2015



FACULTAD DE EDUCACIÓN

Artículo recibido 19 de agosto de 2014. Aprobado: 8 de abril de 2015.